

## RESEÑAS

GEORG LÚKACS, *Der Russische Realismus in der Weltliteratur (El realismo ruso en la literatura mundial)* Berlín: Aufbau-Verlag, 1949.  
293 Págs.

El problema que podría estar a la base de esta obra es uno de los más fascinantes de la filosofía de la historia, no ya de la teoría literaria. ¿Hay un destino en la historia, algo que corra paralelo, complementemente o, a veces, dificulte y contrarreste los fines de la acción del hombre, siendo, en su esencia, completamente ajeno e indiferente a ella, o puede la acción del hombre doblegar, anular ese destino, crearse un futuro consciente, racional?

Decía "podría" porque de hecho el problema no se plantea en esta obra. Se dibuja tenuemente de vez en cuando en el horizonte del intelecto de Lúkacs, pero ya las primeras páginas del libro revelan que el problema para Lúkacs no tiene derecho de existencia. No lo tiene porque ya está resuelto de una vez para siempre.

"La acción (praxis) determina la realidad. Pues los rasgos esenciales y profundos de la realidad . . . son visibles sólo por medio de la acción; son perceptibles sólo para aquel hombre cuya vida está orientada hacia la acción". (P. 236).

¿Qué significa "realidad" en este contexto? ¿En qué deberá consistir la acción? ¿Cuál es su fin?

Es evidente que las preguntas se podrían multiplicar infinitamente y que en últimas cuentas, habría que exigir de Lúkacs una metafísica de la historia. Pero las dimensiones de esta obra no alcanzan a tanto.

Limitemos esas preguntas a la esfera de esta obra: la literatura, y dentro de ella, al realismo ruso: ¿Qué significa realidad para el escritor? ¿Cuál deberá ser la labor del escritor frente a esa realidad? ¿Cuál es el fin de la literatura?

Afortunadamente (¿o desgraciadamente?) Lúkacs tiene las respuestas listas y, como si temiera llegar a no creerlas, nos las repite incesantemente con una monotonía espantosa.

En primer lugar, por "realidad" habrá que entender "realidad social".

Con esto, Lúkacs reanuda la problemática de obras anteriores (p. ej.: *Die Theorie des Romans*, 1916) en que se afirmaba que por medio de la novela es posible descubrir formas sociales típicas. Pero ahora, ya se ha dado un paso adelante. No es sólo posible, sino que la novela, la literatura *deben* reflejar cuando menos la realidad social.

"El valor de un escritor o de una obra se mide por su logro en expresar los esfuerzos genuinos de una época o de un pueblo" —decía Dobroliubov en el siglo pasado. Y esta convicción constituye el núcleo de la obra de Bielinski y Chernichevski.

Y si se trata de "práctica literaria" hay que indicar cuál es la "realidad social".

La "realidad social" ante la cual tuvo que enfrentarse la novela realista rusa y europea del siglo pasado es la opresión del individuo, del obrero, a manos de la burguesía capitalista. Pero la realidad social es dinámica por esencia. Y esta dinámica tiene una orientación. Para Lúkacs ella consiste (hay que decirlo) en la revolución socialista, que tendrá su apoteosis en la revolución bolchevique de 1917. El fin de la historia es afirmar cada vez más la democracia popular e ir depurándola de los elementos burgueses, capitalistas y decadentes que aún quedan en ella.

La novela deberá levantarse en contra de la "deformación moral y espiritual del hombre que ha producido el capitalismo". (P. 191). En haber hecho esto, consiste, por ejemplo, la grandeza poética de la obra de Dostoievski. Y mientras más genial el escritor, mejor vislumbrará la "edad de oro" en que la cultura y la civilización no serán un obstáculo al desarrollo espiritual del hombre. En la obra de Dostoievski "brilla una luz en las tinieblas de la miseria de San Petersburgo, una luz que iluminará la senda del futuro de la humanidad". (P. 194).

¿Puede una obra con un fin esencialmente social mantenerse como obra de arte? ¿Qué clase de equilibrio habrá que establecer entre el arte y la realidad? ¿Cómo resolver este conflicto? La estética de Marx ha logrado alcanzar la armonía deseada: "la justa concepción dialéctica de la relación del *ser* y la *conciencia* indica a la subjetividad creadora, y junto a ella, a la forma artística, el sitio que le corresponde en la representación verdadera del mundo objetivo, y esto sin perturbar en lo más mínimo la *propiiedad del ser*". (P. 46).

Con esto, parece resuelta la problemática de la relación entre el arte y la realidad, que nos llega desde la antigüedad. Si el *ser* tiene la

prioridad, si el ser es eminentemente *ser social* y si es la estética del ser la que nos da el criterio para la bondad del arte, *ergo*, la novela ha de ser novela de la realidad social. El realismo ruso es la verdadera literatura, la que cumple con su cometido.

Quizás Lúkacs tenga razón en ciertos puntos de su estudio de la literatura rusa. Es imposible negar la preocupación que por el pueblo ruso, y sobre todo por el miserable "mujik" sienten Gogol, Turguenev, Dostoievski, Tolstoi, Gorki, Goncharov. No hay tampoco duda que la literatura rusa de este siglo, *volente o nolente* no ha salido aún del realismo, que se ha dedicado a predicar y a exaltar el paraíso socialista.

¿Qué decir de la literatura europea? ¿Ha seguido la misma línea de desarrollo que la rusa? Evidentemente no. ¿Cómo explicar la divergencia de un curso que se supone sea universal?

En no seguirlo es que está precisamente la razón de su decadencia. Y la decadencia del realismo europeo tiene su comienzo en el 1848, año en que fracasa la revolución socialista.

Hasta este año la literatura europea había seguido el sendero que prescribe la estética de Lúkacs. ¿En qué consiste el arte de Balzac? "Balzac nos presenta el proceso por medio del cual el capital se apodera del poder en Francia." (P. 85). Y el éxito que en la segunda mitad del siglo comienzan a tener las obras de Stendhal se debe a un error de apreciación: se quiso hacer de él un precursor del psicologismo subjetivista. (!)

De 1848 en adelante, "el verdadero conflicto social desaparece de la novela; 1) figuras aisladas, íntimas, reducibles a unos cuantos rasgos, aparecen entre los bastidores exánimes de un "medio ambiente" descrito virtuosistamente, 2) las verdaderas relaciones de los hombres se pasan por alto más y más. Se presenta la pobreza de esta vida irónicamente o se substituyen estas relaciones con símbolos muertos y rígidos, 3) el detalle observado minuciosamente toma el lugar de la elaboración de los rasgos esenciales de la realidad social." (P. 82).

Las formas literarias —novela, cuento, drama— han sido pervertidas y destruidas. "Maniqués moribundos se cubren con esplendísimos mantos purpúreos... de palabras." (P. 181). Se ha desligado el conflicto humano de su fundamento social. La falta de sentido de la vida en la sociedad capitalista se quiere convertir en un sin sentido metafísico de la vida en general.

No se da cuenta la literatura europea que "los grandes géneros literarios son originalmente elaboraciones de destinos humanos, cuyo fin es producir efectos morales y sociales por medio del arte". (P. 158).

Pero, podría objetarse, si la revolución socialista ha fracasado en

Europa, si el pueblo no ha llegado a su "edad de oro", los escritores burgueses (Flaubert, Proust, Dickens) son realistas a su manera: no hacen más que reflejar el estado asocial de la sociedad de su época.

Y se perfila otra cuestión: ¿Es el realismo socio-revolucionario de Lúkacs, un estado o un ideal, un "ser" o un "deber ser"? ¿Se puede concebir y entender la *realidad* por medio de la categoría social nada más? Lúkacs, como buen marxista, anticipa la historia y convierte un "deber ser" en el "ser".

De ahí el origen de sus equivocaciones. He aquí el peligro de querer convertir una categoría en lo absoluto; el peligro del dogmatismo.

Porque muy justificadamente podría pensarse que la humanidad vaya encaminada más bien a un infierno de mónadas que a un paraíso social.

¿Quién nos da derecho a estatuir en la historia, mucho menos en un campo tan resbaladizo como el de la historia de la cultura? Asoma de nuevo el problema que veíamos al principio de esta reseña: destino o voluntad.

Es lamentable decir que Lúkacs no ha contribuido en nada a la clarificación del problema. Pero quizás tenga alguna utilidad su obra. ¿No limita y define lo estúpido, lo inteligente y brillante? Hasta cierto punto, Lúkacs nos indica una frontera —negativa— del hombre.

ESTEBAN TOLLINCHI,  
*Universidad de Puerto Rico.*

RAFAEL HELIODORO VALLE, *Historia de las ideas contemporáneas en Centroamérica, México*: Fondo de Cultura Económica 1960, 306 Págs.

Hasta hace muy poco tiempo carecíamos de un tratado que constituyese una autoridad en la discusión del desarrollo de las ideas y la cultura de Centro América. Teníamos varias historias generales, algunos estudios sobre los esfuerzos federativos de los diferentes países, y algunas listas bibliográficas que no contienen una evaluación de lo que es la región (tales como *Who's Who in Latin America*. Parte 2, y la *Geografía de Centroamérica* de Felipe Nery Fernández).

La necesidad de un tratado de esta índole ha sido suplida por el extinto Rafael Heliodoro Valle en el presente volumen el cual cons-